



Elogio a la obra poética de Manuel Orestes Nieto, poeta máximo y ciudadano íntegro*

POR MARGARITA VÁSQUEZ QUIRÓS
Directora de la Academia Panameña de la Lengua

Honorable señor Juan Bosco Bernal, *rector de la Universidad Especializada de las Américas*, y autoridades de las universidades aquí presentes;

honorable señor Manuel Orestes Nieto, *doctor honoris causa*;

honorable señor Rogelio Rodríguez Coronel, *director de la Academia Cubana de la Lengua*;

señores miembros del cuerpo diplomático acreditado en la República de Panamá;

poetas y escritores;

profesores y estudiantes;

señoras y señores:

Hablar de la obra literaria de Manuel Orestes Nieto en su investidura como doctor honoris causa constituye un altísimo honor. En nombre de la Academia Panameña de la Lengua lo agradezco y lo disfruto. Reconozco, no obstante, que en el repaso de mis palabras no debo sino extender ese honor a quienes han leído al poeta, sobre todo, a quienes han escrito sobre su obra. Por lo tanto, recojo el eco de múltiples voces que han cantado las glorias de esta obra formidable. Entre ellas destacan la de Rogelio Sinán, Agustín del Saz, Gloria Guardia, Dimas Lidio Pitty, Rodrigo Miró, Erasto Antonio Espino Barahona, Damaris Serrano, Rodolfo de Gracia, Enrique Jaramillo Levi, Isabel Barragán de Turner, José Carr —quien le dedicó un número de la

* En la investidura como doctor honoris causa de don Manuel Orestes Nieto por la Universidad Especializada de Las Américas, 14 de noviembre de 2017.

revista *Tragaluz*—, Luis Pulido Ritter —quien lo hizo blanco de una entrevista—, Moisés Torrijos, Carlos Fong, Álvaro Menéndez Franco, Eduardo Hurtado, Irina de Ardila, Salvador Medina Barahona, entre muchos otros, desde esta ciudad y desde otras ciudades hermanas de América y del mundo, incluso desde otras lenguas, dieciséis. Panamá ha de agradecer siempre las referencias y los vínculos.

Agrego que también quiero que resuene aquí la palabra naciente de los estudiantes universitarios que han defendido con fervor sus trabajos de graduación sobre la obra de Manuel Orestes Nieto. Y deseo que suene su poesía al golpe del teclado, y su conversación, gracias a las vías que hoy nos ofrecen internet y periodistas como Manuel Ruíz Rico, español.

Lo que quiero destacar desde el inicio es que no ha habido silencio alrededor de su obra. Es imposible. Hay en esta elementos artísticos y humanos que inquietan al lector —desde el punto de vista formal e ideológico—, y lo invitan a confesar cómo lo han leído, y de qué modo dieron respuesta a sus demandas. Al conseguir el diálogo razonado en un medio renuente a mantenerlo, especialmente si se refiere a lo que leemos (incluso de lo que pensamos y hacemos), la poesía de Manuel Orestes Nieto ha dado un salto hacia la construcción sólida de la literatura panameña y de una sociedad que viva una buena vida, reflexionando sobre su situación y su historia. La literatura de un país se arma mediante el diálogo continuado y fructífero entre escritores y lectores, entre la sociedad y los creadores. Es así como se determinan la fuerza y las virtudes de una obra literaria total. Significa que si por un lado el escritor ha ido construyendo con fervor y con sus palabras un edificio, una casa, un barrio, una ciudad, un cerro y una bandera, una habitación, el encierro de un elevador, una isla o ha creado un mar de esperanzas sobre otros mares, un pasado y un presente, en fin, una obra que sea una y múltiple, como la de Manuel Orestes Nieto; si el escritor ha ido construyendo una obra que sea bellamente trágica, que sea maravillosamente *real y de este mundo*, como dijera Elsie Alvarado de Ricord, si observamos en la poesía un cuidadoso trabajo de selección y distribución de elementos complejos que solidifican una trabada arquitectura lingüística en la que se vinculan frases

que confluyen a la unidad del poema, también quiere decir que —por el otro costado—, en un diálogo fecundo, no ha faltado un lector que nos diga cómo tocó el poeta su intimidad, y no ha dejado de haber otro lector que se preguntara de qué manera, con qué materiales, con qué herramientas, guiado por qué pensamiento pudo realizar Manuel Orestes Nieto su extraordinario trabajo poético. Hechas estas consideraciones generales, repito, la obra total de Manuel Orestes Nieto ha sido por cuarenta y cinco años estimulación y nervio herido dentro y fuera de este pequeño mundo nuestro, cruzado desde millones de años atrás por rutas vegetales y minerales, seres que viajan por aire, tierra y agua, por caminos de oro y de cruces y de veneno. Todas las rutas, todos los itinerarios, buenos o malos, guardan algo de lo que somos y de lo que hemos sido, se quiera o no se quiera, y todos los que las surcaron marcaron el carácter cargado de humanidad, fuerza y enorme belleza de la poesía de Manuel Orestes Nieto.

Manuel Orestes Nieto nació en 1951 en la capital, así que tenía nueve años en 1960 cuando, tras la firma de los tratados Remón-Eisenhower entre los Estados Unidos y el Gobierno panameño sobre el Canal de Panamá, fueron devueltos a Panamá los terrenos de Punta Paitilla, que habían mantenido ocupados los militares estadounidenses por quince años después de la finalización de la Segunda Guerra Mundial. En esos años, en la conciencia infantil de los niños que visitaban aquella punta de tierra que entraba al mar, el área estaba hecha para la libertad. Nadie les dijo a los niños que Punta Paitilla estaba ocupada por el Ejército norteamericano y que, por arte de birlibirloque, al pasar de los años, esa tierra libre estaría ocupada por otros dueños, acaudalados empresarios en moles de cemento que cortarían el cielo e impedirían el libre vuelo de las gaviotas o el breve vuelo de las garzas.

Mi hermano mayor nos llevaba a punta Paitilla
en la bahía
a elevar las cometas de bambú y papel.

Podíamos correr
y desplegar todo el hilo a favor del viento
en aquella libertad.

Comíamos emparedados
envueltos en papel manila,
tomábamos malta Vigor
y correteábamos entre las piedras y las olas.
Lo que nunca nos dijeron
era que ese borde de mar
no era nuestro,
y que allí, con el tiempo,
se levantarían rascacielos que cortarían el cielo
e impedirían el vuelo de los pájaros.

El poema anterior forma parte del libro *Nadie llegará mañana*, en donde se recobran los recuerdos de la infancia (multiplicados a través del espejo de la memoria), en los que se va enroscando puntualmente/ una especie de patria diminuta/ que era el centro de la tierra y que nos habla a los lectores del valor de lo inmediato: las casas, el restaurante, la farmacia, el Instituto, las plazas, las calles y avenidas, los cines, los bares, los barrios, los gimnasios, la iglesia, la escuela, es decir, la ciudad perdida en un trecho de la vida. Pero también el grupo juvenil (cardumen disperso): las batallas campales entre estudiantes y policías observadas de lejos; el campo de juego institutor visto con envidia y con rabia; el despertar del amor; el paso diario de la muerte hacia el cementerio; la misa colectiva de los muertos y los vivos; las diferencias sociales; las despedidas.

El cambio de la noción que tenemos del tiempo ante el anuncio de la muerte expresada puntualmente dice un «no» a la mundialización desmemoriada que hoy se promulga, y un «sí» a una memoria colectiva que nos articule puntualmente. Ambas partes del libro respiran un sentimiento de nostalgia que arropa al lector porque ha habido una corrosión en la esencia; porque ahora hay una ruinoso tristeza, un derrumbe, un bullicio seco y/ otra multitud fue ocupando nuestro lugar./ Sin embargo:/ Fue, a pesar de todo, la maravilla.

La imagen poética que da fin al libro presenta la vida como agua retenida por una compuerta que se abre al mar, que es el morir, y allí, maravillosamente, otra vez en la memoria el Jorge Manrique:/ Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar a la mar/ que es el morir.

Así, este libro de Manuel Orestes Nieto muestra el estrecho vínculo reconocible entre espacio/tiempo/hombre/historia/memoria/poesía.

En el poema 35, final de la primera parte del libro *Nadie llegará mañana*, se lee:

Fue, a pesar de todo, la maravilla.
Tan grande como un continente,
como un corazón deslumbrante;
el lugar originario,
el recuerdo más antiguo,
el territorio único
donde pudo pastar a sus anchas
la inocencia.
Y, sobre todo,
una especie de patria diminuta,
concentrada en la humedad,
con la raíz en el cemento
y en el magma ardiente
de un tiempo irrepetible.

La gran poesía es esta que vale para todos los momentos, para todas las vidas, porque ha logrado trascender lo individual y se hace múltiple.

Más de veinticinco años antes, con el libro *Dar la cara*, Manuel Orestes Nieto obtuvo el premio Casa de las Américas en 1975. Bajo el título *Enemigo común*, se lee:

Pero hay noches en que bajas olvidando la poesía
a tu país
y no hay un país ni una ciudad... ni un bar
ni una mujer
ni un territorio
porque aquí se volvió todo tráfico hasta los sueños

Y luego vuelves adolorido
y regresas a leer a Paz ya sin paz
Y piensas seriamente:

Cómo sería el cielo
y sus ministros... y sus ángeles... y sus arcángeles
y *my God* en persona
discutiendo sobre un canal dominado por Satanás.

El valor de la poesía es tal, que, con el alma encogida, el lector puede visualizar un futuro que no es de aguas cristalinas que llegan a todos los hogares, tampoco es de luces espléndidas que iluminan la habitación de niños que imaginan el mar de los Sargazos, sino el «salto atrás» en un sentido mucho más cruel de lo que fue, por la ausencia de una conciencia reflexiva y ética entre los panameños.

El poeta Nieto, que actualmente se preocupa por nuestras circunstancias y simulaciones perversas, presente que hoy tiene «casa por cárcel» porque su casa es la poesía. Y cae, finalmente, en que ha llegado el momento de salir de la casa, como se lo imaginó desde sus primeros pasos literarios, y enfrentar la realidad con la prosa poética, con la narración fortalecida «con turbinas poéticas» o la dramaturgia dialógica gobernada por la poesía. Para Nieto, esta expansión de la poesía ha sido una propuesta que considera netamente latinoamericana, y que ha venido rondándolo desde 1971, tras la lectura de Eduardo Galeano, el de *Las venas abiertas de América latina*, y de Mario Benedetti, el de *La tregua*. Digo yo: tiene sentido total. A partir de las crónicas de América, podemos pensar en el principio de corrientes genéricas nacidas al son de lo que el cronista ha visto con sus *proprios* ojos, y de lo real maravilloso que le sale al paso. La mirada y un medio que desborda lo creíble, condujeron a la reflexión (nimbada de poesía) de ese entorno. Yo creo, como lo presente MON [Manuel Orestes Nieto], que se caminaba hacia la ensayística en época tan temprana como 1525, antes de que germinara en Francia, en 1580, los *Essais* de Michel de Montaigne. Por eso comprendo plenamente la percepción del poeta.

Y cuando Nieto dice que su maestro venerado y amigo mayor fue Rogelio Sinán, confirmo lo que pienso. Sinán, el poeta, el extraordinario narrador, el dramaturgo del humor amable, se consagró con su maravilloso ensayo *Rutas de la novela panameña*, escrito en 1957, el mismo año en que germinaba *El ahogado* de Tristán Solarte. MON solamente contaba seis años, y no sabía que un día, entre ocurrencias del gran maestro, percibiría su fuerza.

Por la década del 70 estuvo girando alrededor de la lectura de dos grandes de la poesía en América: Pablo Neruda y César

Vallejo. Cuando habla de esto confiesa que se propuso abandonar el trillo y seguir su propio camino: un sendero que lo acercara al periodismo, incluso a la fotografía, usando estructuras narrativas híbridas, con participación de la poesía.

Continuó evolucionando y entraron en sus lecturas literarias los mexicanos Efraín Huertas, Carlos Pellicer, José Emilio Pacheco, Rosario Castellanos y Homero Aridjis.

Pero el padre de Manuel Orestes Nieto era cubano, y «el chivo jala p'al monte», según celebran entre risas los amigos cuando un hijo de cubano decide regresar, como quien dice, a la hermosísima isla.

En Cuba conoció al gran Nicolás Guillén, a Roberto Fernández Retamar, a Cintio Vitier, a Fina García Marruz, premio Reina Sofía de poesía hispanoamericana, a Lezama Lima y, también, a César López y a Waldo Leyva, de otra generación.

Aunque parezca raro, expresa MON, «yo no miré hacia el sur ni quedé atrapado en el lenguaje de Neruda y de Vallejo». Sus ventanas se abrieron hacia Cuba y México, siempre decidido a que el lenguaje no se le convirtiera en el tema y el asunto de su discurso. Tampoco que se hiciera eco de una realidad separada de un punto de vista ético.

Cuando Manuel Orestes Nieto publica su poemario *El mar de los Sargazos* corría el año de 1997. Se mostraban los cambios sociales y políticos que modificaron el comportamiento cultural, social y económico del mundo. Había terminado la utopía política, según decían los economistas y los historiadores. Pero en el mar de los Sargazos existe «un mar dentro del mar». Es otro que bulle dentro de las utopías moribundas, otro mundo idealizado, que debe superar las diversas transformaciones tecnológicas, científicas, cibernéticas, políticas, económicas para la esperanza, para soñar. Es un texto original, único, brillante y profundo; pendiente de las imágenes deslumbrantes, y de la función metafórica de las palabras, que demuestra un absoluto dominio del arte de escribir y el manejo eficiente de técnicas lingüísticas y literarias.

El mar de los Sargazos le canta a la vida, al camino, al horizonte, a la esperanza... a la posibilidad de ser mejores y de

empezar de nuevo con dignidad y fortaleza la construcción de un nuevo mundo.

Al final, toda la obra de MON es un canto a la aurora.

